

Meditación para matrimonios
Catedral de San Isidro - Cuaresma 2018

P. Carlos Avellaneda

“Huéspedes de un amor”

El gozo de ser hospedados por un amor

Existir como persona –ser engendrado, nacer, crecer, vivir y hasta morir– es siempre ser hospedado: en el seno materno, en el amor de los padres, en la vida familiar, escolar, con los amigos, el trabajo, etc. Vivir como adulto es ser recibido y hospedado como un ser único y singular en un vínculo que contenga la propia soledad, la de ser uno mismo. Sólo yo puedo (y debo) ser yo. A la hora de ser yo mismo, solo yo puedo serlo, nadie puede ser yo por mí. Pero para eso necesito ser acompañado, acogido y hospedado. A la intemperie del amor, el *sí mismo* agoniza en la exclusión y la soledad. Ser (en sentido personal) equivale a “ser hospedado”.

La relación conyugal es un vínculo de recíproca y exclusiva acogida interpersonal. Los esposos se hospedan uno a otro de la manera más personal y exclusiva. “Yo..., te recibo a ti... como esposo/a”, se dicen mutuamente al iniciar su vida conyugal. ¿Dónde se reciben los esposos cuando se casan? ¿En un departamento?, ¿en una casa? Se reciben uno “en” otro. “Yo... te recibo a ti..., **en mi**”, podríamos parafrasear las palabras del consentimiento. “Tu vida en mi vida, tu acontecer en el mío, tus deseos, sueños y proyectos los acojo en mí”. Los esposos se reciben uno “a” otro, acogiéndose uno “en” el otro. Se hospedan en un amor que los alberga, los protege, los cuida y alimenta con la exclusividad propia de la conyugalidad: no como a uno más, sino como únicos.

En la práctica de esta hospitalidad conyugal se produce un cambio de roles: cuando la apertura al otro es de los dos, el huésped se convierte en anfitrión del hospedero, y el hospedero en huésped de su huésped. Al amarse, los esposos crean como un espacio de acogida que los incluye a los dos. Una morada construida por su reciprocidad amorosa donde el que hospeda se siente hospedado y el hospedado desea acoger y recibir al otro. Esto se prolonga hacia los hijos y es la familia.

El abrazo es el gesto corporal que expresa al alma que prometió recibir al otro como esposo y tiene su versión más íntima, intensa y exclusiva en el abrazo sexual. Todo abrazo amoroso es una prolongación del cobijo que da la casa, del calor que brinda el hogar. Es un gesto corporal y espiritual que hospeda al otro en uno mismo, lo repara y lo sosiega porque posee una poderosa fuerza de integración. El *sí mismo* se unifica y se integra habitando un amor. Al llegar de la calle o del trabajo muchas veces entramos a casas “disociados”, divididos emocionalmente por problemas o conflictos que nos afligen. Entonces reaccionamos como no quisiéramos y decimos lo que no hubiéramos deseado. Un abrazo nos vuelve a unificar, a sosegar y pacificar.

Si al llegar a casa no recibimos algún abrazo y si habitar un lugar no significa sentirse hospedado por un amor, entonces quedamos a la fría intemperie de la soledad. Prevalece el anonimato, es decir, la desaparición de la persona y de su nombre. No soy alguien para nadie. Cuando esa soledad es vivida en presencia de nuestros seres queridos, el sentimiento se hace doblemente doloroso. La presencia de la ausencia siempre es muy

penosa. Esa indiferencia de los nuestros nos resiente, y entonces crecen los reproches y el lugar para vivir tranquilos se llena de inquietud. Ignorar a nuestros seres queridos en casa (cónyuge, hijos, padres...) provoca dolor en las personas y esas heridas se expresan luego con reacciones hostiles entre los miembros de la familia. Todos se quieren pero se destratan.

En el matrimonio la persona es acogida amorosamente como huésped y, lamentablemente, muchas veces ocurre que, a lo largo del tiempo, se convierte en prisionera o en rehén. Cuando prevalece la actitud dominante y posesiva, se cosifica al otro intentándolo convertir en algo que uno necesita y le exige. De este modo, él o ella sienten su propia enajenación a causa del vínculo mal vivido. La persona que conserve suficiente salud psíquica y espiritual percibirá un malestar profundo, al principio difuso, pero que se va haciendo más intenso con el correr del tiempo. Es el sentimiento de no poder ser uno mismo, de estar siendo rechazado, manipulado, forzado, no acogido, no respetado ni aceptado. Se da así un maltrato emocional, a veces sutil y engañoso, donde uno da al otro mucho a condición de que se someta a las propias expectativas. “Si sos como yo necesito, entonces tendrás lo que yo tengo para darte”. Esto representa un intento de domesticación del otro. Cuando un cónyuge claudica y se acostumbra a ese maltrato, termina enajenándose, olvidándose de qué quiere, qué necesita, qué le gusta; en definitiva, olvidándose de quién es.

Ser huésped nos personaliza. Cuando salimos de vacaciones y vivimos la experiencia de ser hospedados –en un *hostel*, una cabaña, un hotel o una casa de algún familiar o amigo– disfrutamos de los detalles hospitalarios como la limpieza, la comida, la atención de quien nos hospeda. Cuando en un retiro espiritual somos reconocidos por nuestro nombre, encontramos un chocolate en nuestra almohada, y los que organizan el retiro nos expresan sensiblemente su fraternidad, todo eso nos hace sentir confirmados y alentados. Sentimos que somos alguien valioso o importante. Paradójicamente en un hotel o una casa de retiros a veces nos tratan mejor que en nuestro propio hogar.

Todo esto nos dice que los seres humanos necesitamos ser hospedados personalmente para poder ser nosotros mismos. Necesito habitar un amor para ser yo mismo. “Si no tengo amor no soy nada”, decía san Pablo.

La hospitalidad en la perspectiva de Emmanuel Levinas¹ y Jacques Derrida²

Estos autores reflexionan sobre la hospitalidad en el plano social, religioso, étnico y cultural. Inspirados en ellos haremos nuestras afirmaciones en el ámbito de las relaciones conyugales y familiares.

¹ Emmanuel Levinas (Kaunas, 12 de enero de 1906 - París, 25 de diciembre de 1995) fue un filósofo y escritor judío nacido en Lituania. A la manera de Paul Ricoeur y Jules Lasalle, Levinas consagró su vida y su obra a la reconstrucción del pensamiento ético después de la Segunda Guerra Mundial, que pasó confinado en un campo de concentración alemán y en la que casi toda su familia fue asesinada. Desarrolló su trabajo en Francia e Italia, con breves estancias intelectuales en Austria. Es conocido por sus trabajos relacionados con la fenomenología, el existencialismo, la ética, la ontología y la filosofía judía. En 1973 fue nombrado profesor honorario de la Sorbona.

² Jacques Derrida (El-Biar, Argelia francesa, 15 de julio de 1930 - París, 8 de octubre de 2004) fue un filósofo francés de origen argelino que desarrolló un análisis semiótico conocido como “deconstrucción”. Es una de las principales figuras asociadas con el posestructuralismo y la filosofía posmoderna. Lo revolucionario de su trabajo ha hecho que sea considerado como el nuevo Immanuel Kant por Emmanuel Levinas, o el nuevo Friedrich Nietzsche según Richard Rorty.

La hospitalidad significa acoger la alteridad del otro, la condición otra del otro, no sólo distinto sino único: él o ella. Acogerlo como otro, singular y distinto, manifestado en el “rostro” (la expresión de su presencia que me interpela y me hace responsable de él).

Cuando no hay acogida de la diferencia, sino, al contrario, su exclusión, sometimiento o extinción, el otro queda reducido a un enemigo. Se instaura así una lógica a partir del enfrentamiento de lo propio y lo ajeno: el otro diferente no tiene cabida, lo extraño debe ser expulsado, aniquilado o asimilado, esto es, despojado de lo que lo diferencia y obligado a asumirse como igual al resto. Se buscará –dice Levinas– “la reducción o la conversión de lo Otro en lo Mismo mediante la subordinación de lo Otro a lo Mismo”. Se fomenta la desconfianza hacia la alteridad. El que es distinto a mí se convierte en una cierta amenaza por el solo hecho de ser diferente (en sus pensamientos, creencias y costumbres).

En la vida matrimonial muchas discusiones y enfrentamientos de la pareja se dan porque los dos piensan diferente en alguna cuestión y creen que están en contra uno de otro, cuando en realidad no es así. Que el otro piense distinto que yo no quiere decir que esté en contra mío. No tolerar lo diferente o verlo como amenaza es un error. Las parejas más exitosas son aquellas que a lo largo de los años han aprendido juntos a gestionar sus diferencias.

En el plano social cuando hay exclusión por abandono o por exterminio el resultado es el mismo: la desaparición del otro, tan sólo por ser otro, por la imposibilidad de acoger la diferencia de quien es un extranjero. Existe, sin embargo, otro recurso: integrar al “extranjero”, absorberlo, transformarlo. “Sé como yo y respetaré tu diferencia”. Integrarlo, sí, pero sólo a condición de que suprima lo que lo hace diferente.

Hoy en día las nuevas generaciones reivindican y aprecian el valor de la diversidad, el derecho a ser diferente, a no responder a mandatos o paradigmas heredados de la familia. Esto está generando tensiones y conflicto entre los jóvenes y los adultos que se ven desafiados a acoger a sus hijos con su diferente modo de pensar y de vivir.

Tanto en la sociedad como en la familia no se puede condicionar el ser del otro: el otro es un absoluto. No es algo que yo pueda construir, reconstruir, modular o modificar, someter o adaptar a mí. La hospitalidad parte de un decir sí al otro. La hospitalidad es siempre acogida del otro y conlleva una forma de aceptación incondicional que no puede darse sin aceptación de la diferencia y el reconocimiento de la singularidad humana del otro.

Las leyes de la hospitalidad

Para Derrida existe una “antinomía” entre dos regímenes de la ley de la hospitalidad:

1. **La ley**, incondicional e hiperbólica: la que recibe al otro sin pedirle condiciones. Para este autor la hospitalidad es por naturaleza ilimitada: recibir al otro sin condiciones. Dice el filósofo: “La hospitalidad absoluta exige que yo abra mi casa al otro absoluto, desconocido, anónimo, y que le *dé lugar*, lo deje venir, lo deje llegar, y tener lugar en el lugar que le ofrezco, sin pedirle ni reciprocidad (la entrada en un pacto) ni siquiera su nombre” (Derrida, *La hospitalidad*).
2. ... y **las leyes**, condicionadas y condicionales, apegadas al orden jurídico-político, al deber y los derechos. Los que conviven en una sociedad, sea como naturales

del lugar o como inmigrantes, deben someterse a las leyes que regulan la convivencia de todos (Derrida, *La hospitalidad*).

Estas dos formas de la hospitalidad se reclaman una a la otra. Así, para que el régimen hospitalario absoluto e incondicional sea efectivo y “se encarne” en una sociedad, es necesario que se vincule con cierto estatuto legal y práctico, al tiempo que el régimen condicional no debe olvidar el referente de la hospitalidad ilimitada a la hora de crear las condiciones y los límites legislativos.

La incondicionalidad como característica esencial de la hospitalidad surge del trato que el otro, cualquiera sea, merece como un ser absoluto. En el vínculo matrimonial cada uno debe acoger al otro aceptándolo incondicionalmente por el amor. “Cada día te recibo y hospedo en mi vida sin pretender modificarte ni exigirte ser otro que el que sos”. Pero esta primera ley de la hospitalidad debe complementarse con normas más particulares que encarnen la condición esencial del matrimonio que es la reciprocidad. Esto significa que sobre la base de la mutua aceptación incondicional, cada uno y los dos deben cumplir con deberes conyugales y parentales concretos. Son deberes y compromisos que ellos mismo asumen con un acuerdo mutuo.

La morada

La hospitalidad amorosa de la pareja, prolongada en la familia con los hijos, construye lo que llamamos la “morada”: el lugar donde el otro es recibido y se reconoce él. Una morada exterior: la casa, y una interior: la persona que hospeda al otro. El amor constituye al amante en morada donde el otro es acogido y se reconoce como esposo, esposa, hijo, hija. Todos deseamos ser alguien en el corazón de alguien. Esa experiencia nos constituye psicológica y espiritualmente. Habitar una morada significa poder ser yo donde estoy, al ser acogido, reconocido y respetado.

Ahora bien, la condición de ese movimiento personal de acoger al ser amado es habitar la propia interioridad para poder abrirla al otro y hospedarlo en uno mismo. La interiorización es la condición previa y necesaria para llegar a la verdadera hospitalidad (Ver el texto al final de esta meditación: Nouwen, *El sanador herido*). Sin vida interior es imposible vivir la hospitalidad amorosa matrimonial.

A su vez, el huésped también abre su interioridad para ser morada acogedora de su hospedero y recibirlo a él como su huésped. “Yo te recibo a ti *en* mí” es la fórmula precisa con la que los esposos comienzan su existencia hospitalaria en recíproca apertura y acogida.

Los amantes son morada uno para el otro, y no sólo la mujer para el hombre. A Levinas se le cuestionó esta afirmación de la obra *Totalidad e infinito*: “La mujer es la condición del recogimiento, de la interioridad, de la casa y de la habitación”. Desde esa perspectiva es la mujer la que hace la casa, la que convierte un espacio en morada para que habite el varón. En realidad los dos cónyuges se acogen recíprocamente y se donan mutuamente aunque de modo diverso, siendo morada uno para el otro.

Si la hospitalidad pide habitar la propia interioridad, el movimiento de hospedar amorosamente a alguien es paradójico, porque se trata de salir hacia el otro sin salir de sí mismo. Hay que salir del aislamiento no de la interioridad. Abrir la propia interioridad para acoger al otro allí: en mí, donde yo habito, saliendo de mi lugar egocéntrico.

Modos de habitar

El modo de habitar emocionalmente condiciona nuestro modo de ser. Desde niños las personas hemos habitado o deshabitado un amor. Esa experiencia marcó nuestro modo de ser y vivir. Vivir es habitar. Nuestro modo de vida es nuestro modo de habitar moradas amorosas, viviendas, lugares, barrios, país. Dónde y cómo hemos habitado modeló nuestro modo de ser como “huéspedes” de un amor o como “sin techo”, “excluidos” o “huérfanos” emocionales.

Existe un correlato entre el plano social y el emocional. Las personas en situación de calle, los “sin techo”, suelen generar un mecanismo de supervivencia que es la autosuficiencia: no desear habitar una morada para no verse limitados. Prefieren arreglárselas por sí mismos y ser más independientes. Del punto de vista afectivo hay personas que crecieron sin la experiencia de una morada amorosa y desarrollaron una autosuficiencia emocional que les impide sentirse cómodos habitando un amor. Suelen ser más individualistas e independientes. En el plano social, los “excluidos” que sufren tantas carencias suelen asumir conductas victimizadas e impotentes; reiteran la protesta y la queja. En el ámbito emocional, los que crecieron excluidos del amor también se victimizan y quejan, suelen ser protestones y disconformes con todo. Para los “huérfanos” que crecieron en el abandono es normal comportarse como demandantes perpetuos. “La vida me debe... todos me deben”. En la vida conyugal suelen encontrarse personas que se posicionan siempre desde la demanda y nunca desde el don. Han crecido con muchas carencias y abandono afectivo.

En cambio la situación es muy diferente si fuimos hospedados por un amor. Aun así, el modo como fuimos acogidos en la familia también nos condiciona. Hay moradas amorosas que presionan y otras que liberan. Hay amores paternos que se convierten en una presión muy fuerte sobre los hijos, exigiéndoles demasiado y educando personas que luego se autoexigirán mucho, con sentimientos de culpa y de insatisfacción recurrentes. En cambio hay familias donde se respira un clima de mayor distensión y libertad, donde se cuida a los hijos pero evitando rigideces que lastimen. A todos, nuestro modo de habitar moradas amorosas nos marcó y configuró nuestro modo de vivir.

El huésped nos interroga

Un tema muy interesante planteado por Derrida es que en la medida en que alojé en mí al otro, a “lo otro”, y fui hospitalario con el diferente, su presencia me interroga y me confronta con mi desamparo. El que hospeda, el dueño de casa, es interrogado, y debe exponerse al riesgo de responder con su propia identidad. El anfitrión se hace vulnerable cuando aloja la pregunta. Por eso la hospitalidad no es un deber en sentido de cumplir una norma, sino un acto de donación y entrega incondicional al otro.

Cuando uno se enamora y deja entrar en el propio mundo al otro, surgen preguntas, cuestionamientos y dudas acerca de uno mismo. Es natural y es importante dejarse interrogar por la presencia del otro en uno, no acallar la pregunta, sostenerla y avanzar en el autocuestionamiento y autoconocimiento. Esto ocurre cuando un hombre o una mujer se enamoran y comienzan su relación, cuando atraviesan cambios a lo largo de la vida, cuando reciben a un hijo. El otro en mí se convierte en una interpelación y un interrogante que me moviliza y me llama al crecimiento.

Hospitalidad y hostilidad

Por otra parte, cuando el anfitrión deja entrar en su casa al huésped, él mismo debe ingresar en ella. Gracias a la hospitalidad con el otro, estamos desafiados a habitar nuestra interioridad, allí donde acogemos a quien recibimos. El otro, el extraño, el extranjero, el huésped, puede convertirse en hostil cuando me lleva al encuentro de mi propia hostilidad, de mi conflicto personal conmigo mismo. Por la gracia del huésped, el dueño de casa entra en su casa como si viniese de fuera. Allí puede encontrar algo con lo cual no está satisfecho o reconciliado respecto de sí mismo. Entonces puede surgir una hostilidad que cree que está en el otro, cuando en realidad está en sí mismo y el otro simplemente se la refleja.

Es muy estudiada en el plano social la relación que existe entre hospitalidad y hostilidad. En la lengua latina una sola palabra sirve para nombrar al extranjero y al enemigo: *hostis*, de la cual deriva *hostilis*, hostil. De ahí que la hospitalidad pueda convertirse en hostilidad. Para ello Derrida inventa la palabra "*hostipitalidad*".

Para explicar la relación entre "huésped" (*hospes*) y "enemigo" (*hostis*), se admite en general que uno y otro derivan de "extranjero". Enemigo sería el "extranjero desfavorable", huésped el "extranjero favorable", a lo que responderían los términos *hostilidad* y *hospitalidad*. El extranjero se vuelve, así, indeseable pues vulnera el "propio-hogar", amenaza la integridad del sí mismo e invade la propia mismidad. Será un sujeto hostil, un enemigo, un huésped que no es bien recibido y pierde su derecho de hospitalidad tornándose una amenaza que se puede y se debe expulsar.

Volviendo a la relación conyugal, se ve cómo la intimidad cotidiana de los esposos provoca una cercanía tal que la hospitalidad puede devenir en hostilidad. Cuando el huésped más íntimo agrede lo más propio de uno mismo, entonces se convierte en hostil. En todo conflicto de pareja hay fuerzas en tensión: el otro, acogido como íntimo huésped, puede convertirse en un extraño indeseable, en extranjero, cuando vulnera el propio yo constituido en morada, ya que invade y lastima lo más propio, profanando el misterio de la *mismidad*. Cuando un hombre o una mujer sienten que no pueden ser ellos mismos por la presencia de su pareja, ésta se convierte en enemigo a causa de su hostilidad. Las relaciones del poder en la pareja actúan como un intento de supresión de la diferencia mediante el sometimiento-anulación del otro.

Cuando el huésped se transforma en enemigo se expone a ser expulsado de la morada personal ya que perdió su derecho a la hospitalidad. Ahora bien, en toda ruptura de pareja el anfitrión/hospedero deja de serlo sin huésped, y éste también deja de serlo sin la hospitalidad de su pareja. La identidad de uno depende de la del otro y, en ese sentido, una constituye la del otro o la destruye.

Sólo un amor espiritualmente maduro se manifiesta como la clave de la relación, ya que es tipo de amor que une lo diferente en la diferencia. El amor une el "yo" al "otro" sin eliminar la diferencia de la alteridad, pero sí anulando la distancia que los separa.

El encuentro con la otredad como diferencia absoluta de uno y otro, ambos irreductibles en su singularidad, es posible sólo por el amor que sabe unir lo diferente en una paz que se construye cada día. "El otro seguirá siendo siempre otro pues hay un residuo de alteridad que nunca se podrá rodear del todo" (Derrida, *Sobre la hospitalidad*).

Hospitalidad y misericordia

El don de la hospitalidad vivida en el vínculo matrimonial convierte el amor nupcial en *misericordia* ya que acoger al otro implica recibirlo en cuanto herido, necesitado de compasión y comprensión. “La posición del yo consiste en poder responder a la miseria esencial de otro” (Levinas, *Totalidad e infinito*). *Misericordia* es el nombre de la hospitalidad al ser humano herido; es su salud y salvación. En la parábola del buen samaritano (Lucas 10,30-37) el que se comporta como prójimo es el que tiene compasión del hombre mal herido, cargándolo, hospedándolo y curándolo en un albergue. Vivido así, el vínculo matrimonial es salvífico, sacramento del amor salvador de Cristo Esposo: hospedero-huésped, sanador-herido.

El amor posee un enorme poder de sanación de las heridas emocionales de los cónyuges. En los grupos de matrimonios o en un retiro para parejas, el vínculo amoroso que llega muchas veces lastimado, es curado por los gestos, las palabras y la oración compartida de los mismos esposos, mejor predispuestos a hospedarse mutuamente. Pero si no fuera suficiente el amor conyugal para redimir las heridas del otro, entonces hay que recurrir a una ayuda externa profesional: una terapia o el acompañamiento espiritual, individual o de pareja. Para ello es necesario reconocer la propia necesidad de sanación y buscar ese auxilio. Por no hacerlo, muchas parejas se separan, cansadas de su impotencia.

Hospedar al otro y acoger a Dios

La misma dinámica de la hospitalidad incondicional con el otro nos abre a la trascendencia vinculándonos con Dios. “Como cada uno de nosotros, todo otro, cualquier radicalmente otro, es infinitamente otro en su singularidad absoluta, inaccesible, solitaria, trascendente, no manifiesta, no presente originariamente en mi *ego*. Cualquier otro, en el sentido de todos los otros, es radicalmente otro, absolutamente otro”, dice Derrida; y para Levinas, ese otro, por su carácter absoluto, en última instancia, nos remite a Dios, el Otro por excelencia.

Así podemos comprender cómo Dios se nos manifiesta en los “otros” humanos de nuestra vida. Veámoslo en la Biblia.

“El Señor se apareció a Abraham junto al encinar de Mamré”. Lo hace a través de tres hombres que el patriarca hospeda. Ellos son enviados divinos que recompensan la hospitalidad de Abraham con la promesa de un hijo a él y a Sara, ya ancianos y estériles (Génesis 18,1-15).

En los evangelios, dice Jesús: “El que los recibe a ustedes, me recibe a mí; y el que me recibe, recibe a aquel que me envió” (Mateo 10, 40). Y también leemos: “¿Cuándo te vimos de paso, y te hospedamos?” Y el Rey les responderá: “Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mateo 25,38).

Hospedar al otro, es acoger a Dios en nuestra vida. En la experiencia matrimonial, sabemos que cada uno es sacramento de Jesús, presencia de Dios para el cónyuge, de modo que él mismo se manifiesta en la vida de los esposos a través de su propia pareja.

Y cuando somos anfitriones que dejamos entrar a Dios en nuestra vida, hospedándolo en nuestro interior, nosotros mismos somos hospedados por él. Como le pasó a Zaqueo, el publicano, que recibió con alegría a Jesús en su casa. El Señor le había dicho: “Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa”. El encuentro fue tan sanador que Jesús termina diciendo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa” (Lucas

19,1-10). O como les ocurrió a Marta y María que alojaban en su casa a Jesús y María es hospedada por el Señor al escuchar su Palabra (Lucas 10,38-42). También a Simón, el fariseo, que invitó a comer a Jesús en su casa y recibió de él la enseñanza más bella acerca del perdón (Lucas 7,36-50).

“Yo estoy a la puerta y llamo. Si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos”, dice el Señor en el libro del Apocalipsis 3,20. Esta imagen tan sugestiva describe el deseo que Jesús tiene de ser hospedado, recibido íntimamente, para poder él mismo albergarnos en su amor. Abriéndonos al Señor, él mismo será nuestra Morada. La vida matrimonial pide esa experiencia porque las exigencias de hospitalidad conyugal y familiar son muy grandes, y sólo hospedados por un Amor absoluto en una Morada divina, los esposos podrán hospedarse en la morada humana que los dos construyan con gestos cotidianos. Mi experiencia acompañando a tantas parejas me dice que cuando los esposos se dejan abrazar y hospedar por Dios los dos reciben el consuelo y la fuerza para amarse mejor.

Perseverar en esta experiencia de la hospitalidad amorosa nos conducirá a la última, más plena y definitiva acogida en la Casa del cielo. Así la describe Jesús:

“No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí. En la Casa de mi Padre hay muchas habitaciones; si no fuera así, se lo habría dicho a ustedes. Yo voy a prepararles un lugar. Y cuando haya ido y les haya reparado un lugar, volveré otra vez para llevarlos conmigo, a fin de que donde yo esté, estén también ustedes” (Juan 14,1-3).

En la vida eterna Dios nos hospedaré en su amor, tal como dice el salmista:

“Tu bondad y tu gracia me acompañan a lo largo de mi vida; y habitaré en la Casa del Señor, por muy largo tiempo” (Salmo 23,6).

La hospitalidad y la interiorización

La hospitalidad es la habilidad para atender al huésped. Se da muy difícilmente si estamos preocupados de nuestras propias necesidades, preocupaciones y tensiones, que nos impiden distanciarnos de nosotros mismos para atender a los demás.

Todo el que quiere prestar atención, limpia de cualquier otra intención, debe quedarse en su propia casa y sin moverse, debe descubrir el centro de su vida en su propio corazón. La interiorización, que lleva a la meditación y a la contemplación, es la condición previa, necesaria, para llegar a la verdadera hospitalidad. Cuando nuestras almas están intranquilas, cuando somos llevados por miles de estímulos diferentes, y a menudo conflictivos, y nos sentimos metidos por absoluta necesidad psicológica entre las personas, ideas y preocupaciones del mundo, ¿cómo podemos crear un espacio donde alguien diferente a nosotros pueda entrar libremente sin sentirse un intruso?

Paradójicamente, retirándonos al interior de nosotros, no por autocompasión, sino con sentido de humildad, creamos el espacio para que el otro sea él mismo y para que pueda abordarnos desde sus propias realidades.

Pero la retirada del hombre hacia su interior es un proceso doloroso y que nos llena de sentido de soledad porque nos fuerza a enfrentarnos directamente a nuestra propia condición en toda su belleza tanto como en toda su miseria. Cuando no nos asusta entrar en nuestro propio centro, introducirnos hacia la agitación de lo más íntimo de nuestra alma, llegamos a conocer que estar vivo significa ser amado. Esta experiencia nos dice que podemos amar, sólo porque hemos nacido del amor; dar porque nuestra vida es un don, y liberar a los demás porque hemos sido liberados por aquel cuyo corazón es más grande que el nuestro...

Entonces, nuestra presencia ya no es amenazante y exigente sino acogedora y liberadora.

Henri J. M. Nouwen, *El sanador herido*, p.109-110.